

zarenó levántate y camina; y diciendo esto le asió de la mano derecha, le levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y las plantas. Sintióse sano, y dando un salto de gozo se puso en pie y echó á andar, y entró con ellos en el templo, saltando y loando á Dios.

Dirigiéronse los tres hácia la galería llamada el Pórtico de Salomon: toda la multitud que estaba por las cercanías corrió apresurada, y cercó á San Pedro una turba numerosa deseando que se esplicase sobre el prodigio que veían en aquel hombre. „Hijos de Israel (1), les dice el Apóstol ¿cuál es la causa de vuestro espanto? ¿y por qué os admirais de nosotros, como si con nuestro propio poder hubiésemos sanado á este hombre? No, no es obra nuestra sino de Jesucristo Hijo único del Altísimo, el mismo que entregasteis á Poncio Pilato, obligando á este Gobernador infiel á que le condenase: este es el Hijo de David, vuestro Cristo y vuestro Rey verdadero, á quien ahora ha glorificado el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Vosotros le pospusisteis á un ladron infame y homicida, cuando solicitasteis con tanta pertinacia la libertad del malvado Barrabás, é hicisteis morir al Autor mismo de la vida, á quien Dios ha resucitado de entre los muertos; como nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos en la gloria de su resurreccion y de su triunfo. Por la fe en Jesucristo este hombre á quien todos veis y conocéis, acaba de conseguir una curacion perfecta á vista de tantos

(1) *Act. Apost. cap. 3. v. 12. y sig.*

testigos. Pero, hermanos míos, si os recuerdo que habeis hecho morir al Justo por escelencia y al Mesías, no es por injuriaros, antes conozco que obraisteis por ignorancia como vuestros Magistrados, vuestros Ancianos, y los Príncipes de los Sacerdotes; y el Señor ha dispuesto que todo sirva al cumplimiento de los designios de su misericordia, y á la consumacion del sacrificio de su Cristo, anunciado por todos los Profetas. Haced pues penitencia para no ser escluidos de la bendicion prometida á nuestros padres y á toda la tierra, en el linage de Abrahán. Ya hemos llegado al término decisivo que fue predicho por los santos Oráculos de todas las edades, y del cual habló especialmente Moisés cuando dijo (1): „El Señor levantará un Profeta de en medio de vuestros hermanos, cuya doctrina confirmará la mia, y la llevará á su perfeccion. Oidle pues con cuidado y sujetaos en todo á sus leyes, y si alguno rehusare obedecerle, sea esterminado de en medio de su pueblo.”

13. Convirtiéronse en este sermon cinco mil hombres (2), sin contar las mugeres y niños, no obstante que lo interrumpieron los sacrificadores y guardias del Templo, unidos á una turba de Saduceos irritados. Coligáronse contra los discípulos de Jesucristo todos estos incrédulos aunque entre sí estaban muy discordes; los primeros porque no podian tolerar que se pudiese en claro la resurreccion gloriosa del

(1) *Deuter. cap. 18. v. 15. y sig.* (2) *Act. Apost. cap. 4. v. 1. y sig.*

Salvador, y los Saduceos (entre los cuales habia muchos Sacerdotes) porque no creyendo la resurreccion de los cuerpos se llenaban de indignacion por la prueba que producía la resurreccion del Hombre-Dios en favor de la resurreccion futura de todos los hombres. Apoderáronse pues de los dos Apóstoles y del mendigo curado, y como ya era tarde los tuvieron custodiados hasta el dia siguiente.

14. Reunióse por la mañana el Sanhedrin (1), que era el Consejo Supremo de la Nacion judía, compuesto de setenta y un individuos de los cuales veinte y cuatro eran los príncipes de los Sacerdotes, cabezas de las veinte y cuatro familias sacerdotales, y los restantes los Doctores, Levitas y Ancianos de cada Tribu. Presidía á este Senado Anás ó Anano, suegro de Caifás, que solo se juntaba para tratar los negocios mas importantes. Condujeron pues á San Pedro y á San Juan á la Asamblea, y les interrogaron ¿en qué nombre ó con qué virtud habian egecutado el prodigio cuya realidad no negaban? Respondió San Pedro muy tranquilo y firme, que en nombre de Jesucristo crucificado; pues el temor de los tormentos no podia obligarlos á negar la debida gloria al primer Autor de una obra tan milagrosa: que este Bienhechor Omnipotente era en realidad la piedra angular de que se hace mencion en las Profecías, la cual aunque habia sido desechada, no por esto dejaba de ser la basa de todo el edificio de la salvacion de los hombres; y finalmente que sus pro-

(1) *Act. Apost. cap. 3. v. 5. y sig.*

pios enemigos no podian tener otro fundamento para esperar el cielo.

15. Causó la mayor admiracion á los jueces este valor y este conocimiento de las Sagradas Escrituras en unos hombres faltos de educacion y de estudio, y que poco antes manifestaron tanta flaqueza al tiempo de la muerte de Jesucristo. Á su vista estaba el cojo sano, y el hecho era de tal naturaleza, que no podian negarle como deseaban. Mandaron pues salir á los acusados, y despues de una larga discusion tornaron á llamarlos, y dieron fin al juicio haciéndoles vagas amenazas. Prohibióles el presidente al tiempo de darles libertad que de ningun modo enseñasen, ni predicasen el nombre de Jesucristo.

No podemos, replicaron los Apóstoles, obedecer semejante orden; ¡considerad segun la ley que profesais como nosotros, si será justo obedecer á los hombres antes que á la voz del cielo, que nos manda anunciar estas verdades de que nos ha hecho depositarios, y confirma nuestra predicacion con prodigios tan evidentes! Volvieron de nuevo á amenazarlos, pero les dieron libertad, porque temian al pueblo, que glorificaba altamente al Señor por todo lo que veía.

Dieron cuenta á los fieles San Pedro y San Juan de lo que les habia sucedido: todos bendijeron al Omnipotente, y creyeron que la paz concedida por la Sinagoga solo duraria hasta que pudiera romperla sin riesgo; por lo que suplicaron al Señor concediese á los predicadores de su nombre la virtud de

los milagros, y la gracia de contribuir á su mayor gloria. Luego que concluyeron esta oracion mostró el cielo de un modo sensible que la habia oido, pues se conmovió el lugar donde estaban los Apóstoles con sus discípulos, y todos los que se encontraban presentes recibieron los dones del Espíritu Santo con mayor abundancia.

16. Las impresiones que hacia este divino fuego en las almas, eran todavía mas saludables que el don de lenguas y los demás prodigios. Era toda Jerusalem á lo menos el pueblo naturalmente sencillo, y recto, y por lo comun solo le pervertian las seducciones estrañas de la ambicion. Veían que los fieles eran piadosos, recogidos, aficionados á la oracion y á la doctrina, y lo que mas admiraba á una nacion tan codiciosa de los bienes terrenos como siempre fue la de los Judíos, era el ver en los que abrazaran esta nueva ley un desinterés mas angélico que humano. Tenian todos en efecto un corazon y una sola alma, y parecian componer una grande familia, donde nadie posee cosa alguna que no sea comun á todos. Vendian sus casas y sus tierras y ponian el precio á los pies de los Apóstoles, que lo distribuían con igualdad entre todas las familias: de esta suerte no habia ricos ni pobres, ni peligro en las cosas superfluas, ni cuidado en la indigencia; y esta santa sociedad pasaba unos dias felices é inocentes en inalterable concordia.

17. Verdad es que los cristianos encontraron el egeplo de este desapego de las cosas terrestres en

los Esenos ⁽¹⁾, que era una especie de judíos reputados por mucho mas santos que los otros, pero al mismo tiempo eran los mas supersticiosos, y los mas celosos de su libertad, ó por mejor decir, de una orgullosa independencia. Gloriábanse estos hombres altivos de no reconocer otro soberano que á Dios, y lo hubieran sacrificado todo antes que someterse por ningun motivo á hombre alguno; bien distantes en esto de la virtud modesta y pura de los fieles discípulos del Salvador, tan humildes como desinteresados, y los mas sociables de todos los hombres.

18. Los Apóstoles se dedicaban á cultivar las producciones de la gracia especialmente en los prosélitos que aumentaban de dia en dia el número de los fieles. Fortalecian su fe, diciendo, que no habia de disfrutar de paz por algun tiempo, y mejoraban con esmero las costumbres y la disciplina. Reunian á los hermanos para practicar los egercicios de la Religion en las casas de algunos de los mas virtuosos discípulos. Celebrábase allí el sacrificio adorable; recibian los sacramentos, y se trataba en fervorosas pláticas de los misterios y doctrina del Redentor. Multiplicáronse tanto en breve tiempo sus adoradores, que no era posible reunirse en un solo puesto, y fue necesario que se dividiesen las Asambleas en distintos sitios de Jerusalem. Tenia cada una sus ancianos que cuidaban del buen orden, y á lo menos un sacerdote ordenado segun la ley nueva con algunos minis-

(1) *Joseph. de bello Judaic. lib. 2. cap. 12. et Antiq. lib. 13. cap. 9.*

tros inferiores que le asistían. Por San Epifanio sabemos (1), que en estos primeros tiempos establecieron los Apóstoles en unas partes Obispos y Diáconos sin Presbíteros, y en otras Presbíteros y Diáconos sin Obispos. Eran las funciones ordinarias del primer orden del Sacerdocio ú Episcopado, anunciar el Evangelio con mas solemnidad, confundir á los incrédulos, fortalecer los fieles en la fe, visitar las nuevas Iglesias para evitar los abusos, hacer nuevas conquistas para Jesucristo y perfeccionar las ya hechas.

No podían menos de ser algo distintos de los de nuestro tiempo en ciertos puntos de poca importancia, este régimen y estos usos de la Iglesia en el tiempo en que comenzaba á formarse en medio de sus enemigos. El imperio y los reinos no se dividieron en Diócesis fijas y limitadas hasta que los pueblos y provincias abrazaron el cristianismo; y antes de dirigirse á las naciones estrañas los primeros ministros del Evangelio habían de hacer partícipes de sus luces á los hijos de Israel que no rehusaron admitirlas. Esta fue la conducta de los Apóstoles y sus discípulos, y en cierto modo el origen de la disciplina apostólica, que desde entonces hacia distincion de obligaciones de rigurosa justicia, de las de pura perfeccion. Pertenecía sin duda á esta clase la renuncia efectiva y total de los bienes de fortuna, mas se pedían del todo la rectitud y sinceridad en los que querían llegar á este grado de perfeccion, y era una hipocresía muy culpable hacer un sacrificio público

(1) *Epiphani, Tractat. Hæres. contra Aerium.*

de todos los bienes, y retener ocultamente alguna parte de ellos.

19. Uno de los que sobresalieron por la renuncia de todo cuanto poseía fue el Levita José originario de Chipre (1), quien vendió una heredad y puso el precio en manos de los Apóstoles. Diéronle despues el nombre de Bernabé que significa hijo de consuelo, y le destinaron á las funciones y aun á la dignidad de Apóstol, como veremos mas adelante.

20. Probó otro discípulo llamado Ananías (2) de acuerdo con su muger Safira á engañar al Príncipe de los Apóstoles. Vendió sus tierras, y presentó una parte del dinero que le dieron por ellas guardando la otra. Reveló Dios á la cabeza de su Iglesia este culpable engaño, y lo castigó con un rigor espantoso, pero necesario para vigorizar la autoridad Apostólica, y conservar la pureza de la Iglesia que principiaba á ostentarse. „No has mentido á los hombres sino á Dios, dijo á Ananías el Príncipe de los Apóstoles mirándole con rostro severo. ¿Quién te obligó ni importunó para que vendieras tus posesiones? ¿y qué ceguedad es la tuya, que bajo las apariencias de una obra tan buena te dejas prender en los lazos de Satanás?” Cayó Ananías muerto repentinamente herido de estas palabras como de un rayo, y quitándole luego al punto de la presencia de San Pedro, le dieron sepultura. Llegó tres horas despues su muger Safira, que ignoraba lo que había sucedido: dirigióla San Pedro la misma pregunta que á su ma-

(1) *Act. Apost. cap. 4. v. 36.* (2) *Ibid. cap. 5. v. 1. y sig.*

rído sobre el precio de la venta, y como repitiese la misma mentira, recibió igual castigo. Produjo el mismo efecto este ejemplo, pues no solo se poseyeron los fieles de un saludable temor, sino que los estraños formaron la mas alta idea de la grandeza y poder de Dios, que velaba de tal modo por la gloria de su Iglesia.

Obraba el Señor por el ministerio de los Apóstoles otras muchas maravillas (1). Espelian los espíritus inmundos y curaban todo género de enfermedades de tal suerte, que ponian á los enfermos en las calles ó plazas por donde habia de pasar San Pedro, para que al menos su sombra los tocasse; lo que bastaba para que lograsen perfecta salud. Llevábanle á Jerusalem de todos los pueblos cercanos los endemoniados y enfermos, y los prodigios que hacia aumentaban cada dia mas y mas el número de los fieles. Aunque no imitaban por respetos humanos los principales de los Judíos á la multitud, á lo menos no podian apagar la fe, ni impedir la veneracion del pueblo. No estaba ociosa entre tanto la envidia sacrilega de los enemigos de Cristo, y se convinieron en dar una forma judicial á la persecucion para desacreditar á los fieles en la opinion del público.

21. Fueron tambien los principales autores de esta trama el gran Sacerdote de aquel año (2) y los miembros de su Consejo, hombres todos pervertidos en puntos de Religion y prontos á sacrificarlo todo para que triunfase la secta impía de los Saduceos.

(1) *Act. Apost. cap. 5. v. 12. y sig.* (2) *Ibid. cap. 5. v. 17.*

Mandaron á este efecto prender á los mas célebres discípulos, poniéndolos en cárceles públicas para principiar desde el dia siguiente á instruirles su causa legalmente; pero el ángel del Señor los puso en libertad durante la noche. Reunido el Consejo enviaron á buscarlos, y aunque la cárcel se veía perfectamente cerrada por todas partes, y los centinelas velaban al rededor con exactitud; sin embargo de esto no hallaron á ninguno de los fieles encarcelados. Quedáronse los Senadores confundidos al oír esta noticia: miráronse atónitos unos á otros: discutieron; deliberaron, pero no hallaron medio de ocultar su vergüenza. Llegó entre tanto uno á decirles, que los prisioneros que buscaban, estaban en medió del templo instruyendo al pueblo. El ángel que los libró de la cárcel (1) les mandó que fuesen allá sin miedo, y continuasen predicando la doctrina de la salvacion. Fueron conducidos al Senado sin violencia y con muchas demostraciones de respeto, como para escucharles sus defensas: pero solo los trataban de esta suerte porque les inspiraba temor el pueblo conmovido á vista de semejante prodigio, que en los primeros momentos de su indignacion podia apedrear á los perseguidores.

El gran Sacerdote interrogó á los prisioneros que estaban delante del tribunal, diciendo (2): „¿No os hemos prohibido con mucho rigor que anunciéis el nombre de ese muerto que vosotros afirmáis ser el Cristo? Sin embargo habeis llenado toda la ciudad

(1) *Act. Apost. cap. 5. v. 19. y 20.* (2) *Ibid. v. 27. y sig.*

de su doctrina, y haceis caer su sangre sobre nosotros, como si fuésemos asesinos y sacrílegos." Respondió como la vez primera Pedro en su nombre y en el de los demás hermanos: „Que ninguna potestad humana podia impedirles el obedecer al Señor" y añadió con mayor esfuerzo que nunca: „Que Jesus crucificado por la sinagoga, y resucitado gloriosamente por el Dios de Israel, era el Salvador de quien todos los hijos de Jacob habian de esperar la gracia de la penitencia y la remision de los pecados." Mostró tanto valor y tanto celo el Príncipe de los Apóstoles, que enfurecido y despechado el sumo Sacerdote, y olvidado de la moderacion que afectara por política, se hubiera precipitado en el último extremo, á no ser por un venerable Doctor llamado Gamamiel, que mitigó su ira con un dictámen tan prudente como sencillo.

22. Este, aunque Fariseo, no estaba poseido del orgullo propio de aquellos sectarios, y por consiguiente se acercaba al principio de la fe y de las buenas costumbres, mas que todos los del Senado compuesto por la mayor parte de Saduceos, que no tenian mas Religion que aquella de que son capaces los que se fingen al alma mortal como el cuerpo, y se persuaden que nada hay mas allá del sepulcro. „De qué sirve, les dice, ó Israelitas, molestaros acerca de estos hombres? (1) Si su empresa es obra de ellos, caerá por sí misma; pero si es de Dios, en vano os oponéis á ella, y os tendrán por rebeldes

(1) *Act. Apost. cap. 5. v. 38. y 39.*

al Señor." Pareció acertado este dictámen aunque solo lo siguieron en parte.

23. Con efecto no condenaron á los acusados á la pena capital; pero los mandaron azotar ignominiosamente (1) y despues los pusieron en libertad, prohibiéndoles de nuevo hablar de Jesucristo. Se retiraron los discípulos muy contentos de haber sido dignos de sufrir esta afrenta por el nombre del Salvador, y de allí en adelante mostraron mayor celo en predicar el Evangelio así en el templo como en las casas particulares.

24. Iba cada dia en aumento el número de los prosélitos (2) lejos de disminuirle esta persecucion, y la multitud de los fieles vino á ser tan numerosa que ya no podian los Apóstoles desempeñar por sí mismos todas las funciones de la caridad. Eligieron algunos para que les ausiliasen, pero no cumpliendo estos con toda la exactitud conveniente, porque no tenian el caracter ni la autoridad propia para el ministerio, se suscitó una discordia entre los Judíos de Palestina, llamados propiamente Hebreos, y los Helenistas, ó naturales de la Grecia. Convocó San Pedro la asamblea de los fieles, y les representó para evitar esta disension, mas perjudicial á la Iglesia que todas las persecuciones, á nombre de sus colegas, que no podian los primeros Pastores dedicarse á la distribucion de las limosnas, sin abandonar el ministerio de la divina palabra y la oracion; por lo cual propuso se eligiesen siete hombres de buena fama,

(1) *Act. Apost. cap. 5. v. 40. y sig.* (2) *Ibid. cap. 6. v. 1. y sig.*

y dotados de los dones del Espíritu Santo y especialmente del de sabiduría. Pareció bien esta propuesta á toda la asamblea, y fueron elegidos Estévan, tan célebre por su ardiente caridad como por su viva fe, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolao, natural de Antioquía. Los presentaron á los Apóstoles, los cuales, haciendo oracion, les impusieron las manos, ó confirieron el orden del Diaconado instituido por Jesucristo. Encargóseles tambien además de la distribucion de las limosnas la administracion de la Eucaristía en los diferentes barrios de Jerusalem señalando á cada uno el suyo. Estos son los siete primeros Diáconos titulares, á cuyo egemplo se instituyeron en lo sucesivo los de la Iglesia romana.

Progresó el Evangelio de nuevo adquiriendo mas celebridad con este aumento de operarios, y mas por la calidad que por el número de las conversiones; pues en breve tiempo abrazó el Cristianismo un sinnúmero de descendientes de Aaron. No podia contentarse ya la Sinagoga con imponer un silencio mal observado, y para evitar su total abandono y desercion se vió obligada á discutir con los nuevos predicadores del nombre de Cristo que gozaban de mas opinion.

El Diácono Estévan descollaba entre todos por la fuerza de sus discursos y de su elocuencia, y mucho mas por los milagros que obraba continuamente á los ojos del pueblo (1). Los Helenistas eran los que mas disputaban con él, sin duda porque era Griego de nacion, como lo indica su nombre, y porque habla-

(1) *Act. Apost. cap. 6. v. 8. y sig.*

ba comunmente este idioma. No podian hacer frente á la sabiduría divina que se esplicaba por su boca, y sobornaron á unos testigos para acusarle de blasfemo. Prendiéronle con efecto, y le condujeron al tribunal, donde el sumo Sacerdote quiso interrogarle por sí mismo: todos tenian los ojos puestos en el acusado, y como el Señor por un milagro hubiese acrecentado los dones de la naturaleza, parecia Estévan en su persona y en sus palabras un ángel del cielo.

Esplícó en el principio de su discurso su doctrina y sus disputas precedentes (1), procurando con suavidad desengañar á sus adversarios; pero advirtiendo luego que estaban obstinados y resueltos á negar la verdad, se propuso únicamente impedir los efectos del escándalo en la multitud, y dándoles en rostro con vigor su ceguedad voluntaria, les dijo: „vosotros hombres de dura cervíz y de corazon incircunciso (2), siempre perseverais en resistir al Espíritu Santo como lo hicieron vuestros padres. ¿Qué Profeta hubo á quien no quitasen la vida? Pero si ellos dieron la muerte á los Precursores de Cristo, vosotros sois sus sacrílegos asesinos.” Bramaban enfurecidos al oír estas palabras, y rechinaban los dientes de cólera.

Pero San Estévan sin aterrarse con estos crueles prognósticos, alzó serenamente los ojos al cielo de donde esperaba sus auxilios y su corona (3). Viólos abiertos, y le fue manifestada la gloria de Dios y de la Santa Humanidad de Jesucristo, y exclamó dicién-

(1) *Act. Apost. cap. 7. v. 2. y sig.* (2) *Ibid. v. 51. y 52.*

(3) *Ibid. v. 55.*